

El muerto y el arrimado

Alejandra Barron

El primer día en los Estados Unidos, yo me sentía contenta y a la vez triste. Estaba muy contenta porque siempre escuchaba cosas buenas de este país y porque mamá siempre decía: “es el país de las oportunidades, hija, y ahí vamos a salir adelante”. Pero me sentía triste porque dejé a mis amigas, mis animales y la mayoría de mis cosas. Llegamos a las cinco de la mañana a la casa de mi tía Rosa en Thornton, Colorado desde Durango, México. La casa era de tres recámaras. Mi mamá y yo dormíamos en una, mi tía y mi tío en la siguiente, sus tres hijos en la tercera y mi hermano en la sala.

Mis primos nos invitaron al parque que estaba a una cuadra de la casa. Mi mamá estaba un poco preocupada porque no conocíamos la vecindad, pero mi tía la convenció de que no nos iba a pasar nada malo. Me quedé sorprendida al ver el parque aseado, verde y una fresca aroma como si estuviéramos en el bosque.

Llegamos a la casa con mucho hambre y mis primos me dieron unas barritas que se llaman “Nature Valley”. No podía leer las palabras que tenía en el envuelto porque no sabía mucho inglés. Le tomé la primera mordida y recuerdo muy bien que no me gustó, nunca había probado algo tan duro y de trigo. Eso era sólo un tentempié para calmar el hambre, después mi tía nos llevó a comer al “country buffet”. Tenían tanta comida y muy variada. Yo me fui a lo que conocía: frijoles, arroz, carne y las papas fritas. Mis primos me recomendaban tantas comidas, pero yo soy muy exigente con mi comida; nunca había probado comida extranjera y tenía miedo enfermarme.

Llegó el lunes y era tiempo de ir a la escuela. Caminamos media hora para llegar a la escuela, hacía un frío insoportable. Mi mamá me inscribió en la escuela, me registraron en un programa bilingüe y fue donde conocí a mis nuevas amigas. Teníamos tantas cosas en común y me dio mucha felicidad que hablaban español como yo.

Cuando tenía tarea le pedía ayuda a mis primos, pero siempre se burlaban y me contestaban: “eres una burra, no sabes hablar”. Era bien agresiva y no me gustaba que hablaran mal de mí; yo me defendía dándoles una guantada en el estómago que los hiciera doblarse y dejarlos sin respiración. Mis primos eran unos llorones y siempre iban de chismosos con su mamá. ¡Y mi tía como fiera me regañaba! Al contrario como buena madre, mi mamá, me auxiliaba. Ahí fue cuando se fueron aumentando los problemas entre mis tíos y mi mamá.

Después de seis larguísimos meses se desocupó un apartamento en la misma cuadra de la casa de mi tía. Inmediatamente mi mamá y yo lo alquilamos. La señora Pacheco, mamá de un compañero de la escuela, y mi mamá desarrollaron una amistad. La señora Pacheco nos enseñó las tiendas más baratas y en donde encontrar los recursos más económicos. Cada fin de semana nos íbamos con ella a “yardiar”. Poco a poco nuestra casa se fue amueblando y construyendo un dulce y humilde hogar.

Lo más difícil de llegar a un país desconocido es empezar desde cero, llegar de inquilina. Mi mamá siempre dice “el muerto y el arrimado a los tres días apestan”.